

**¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?**

**CARLOS RENE CORREA**

**AGRUPACION AMIGOS DEL LIBRO**

**¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?**

**CARLOS RENE CORREA**

**AGRUPACION AMIGOS DEL LIBRO**

**QUIEN SOY ?**

Alguien golpea a mi puerta.

— ¿Quién?

— Soy la aldea, me responde.

Es Rauco, que en idioma aborigen significa agua de greda, quien me despierta de un sueño de sesenta y seis años.

Rechinan los goznes y mi alma los escucha y busca aceites de los olivares del abuelo Buenaventura, para que ellos guarden silencio.

El silencio se ha logrado y mi vida se desenvuelve desde aquella madrugada del dieciocho de Septiembre del año 1912.

El río Teno había crecido en crespas aguas y su vorágine cabalgaba potros espumantes hacia las lejanas playas de Iloca.

El Teno y el Lontué, reunidos, se llaman Mataquito, mi ancho río, enmarcado por vegas y cerros amarillentos, hirsutos, y poblados de rebaños cabríos. Era el gran río de mis sueños y de mis ensueños de infancia, loado por los poetas Pablo de Rokha y Augusto Santelices.

Así, la pequeña vida iba creciendo. Mi padre, espíritu limpio y corazón pastoril; mi madre, su prima hermana, dulce amor, diáfana, una paloma que me daba su arrullo.

El Teno estaba iracundo, sin vado, y por ello el tío médico, don Ruperto Correa Santelices, no pudo cruzarlo para recibir mi primera visita a la tierra.

Fueron entonces a buscar a sus serranías a la vieja partera, "ña Anastasia", quien, amarrada a su yegua overa, llegó acezante para atender a la joven parturienta y recibir en sus nudosas manos no siempre limpias, el cuerpecito de un nuevo rauquino.

En la solitaria calle de la aldea crecieron mis ojos y comencé a conocer la vida.

Para mí habían personajes muy importantes: el párroco, el maestro de escuela, el oficial civil, el comandante y tres o cuatro hacendados a quienes les hacían especiales reverencias los comarcanos.

Recuerdo los antiguos muebles de la casa y caminos, esteros y cerros donde discurrían mis juegos y abalorios.

De una gran importancia era la iglesia parroquial, con su párroco y tres o cuatro beatas, y el

ciego Cruz a quien recuerdo con su rústico bastón y perdido entre zarzamoras y aguazales.

De tardecita iban a la iglesia medio en penumbra, donde novenarios u oficios cuaresmales, eran de sobrado gusto religioso.

Recuerdo que a veces llevaba a hurtadillas flores a las imágenes más solitarias y poseía en mi infancia una auténtica devoción de niño cristiano.

Allá, distante, en el brujerío de Vichuquén, el más que tatarabuelo don Cayetano, contaba sus doblones bajo el sereno de la noche y sentía bonanza de espíritu al contemplar su nobiliario escudo con un águila y trece correas que le emergían del pecho.

Fue una mañana de Abril de 1924, fría y azulencia, cuando en compañía de mi padre, partí a Santiago. Mis lágrimas de niño caían sobre el caballo, en tanto la marcha endilgaba hacia la estación de Quilpoco. Allá quedaban mi madre, mi hermano menor, Reinaldo, mi perro "Vulcano" y mis gatos.

Ocupé un asiento en el viejo trencito que venía resoplando de la costa, orillando el Mataquito, y, antes de media hora, estaba emparedado de soledad y recuerdos en la estación de Curicó, donde ví a unas mujeres vestidas de blanco que voceaban las ricas "tortas Montero".

Para mí cambiaba la vida. Curicó era una típica ciudad provinciana, somnolienta, cruzada por "Victorias" pintadas de negro, arrastradas por parejas de jamelgos flacuchentos y que daban bar-

quinazos sobre las piedras de huevillos de las calles, a las que asomaban tiendas, almacenes, zapaterías, ferreterías. Entre las más importantes recuerdo: "La Bota Verde", almacén "El Cielo", tienda "La Confianza", Casas "Etchevers" y "San Martín".

Me imaginaba ser una de las jóvenes palmeras de la Plaza de Armas y pensaba, ¿por qué no quedarme aquí, más cerca de los míos?.

De súbito el tren del Sur penetró humoso e hirviente en el recinto de la estación y, cerrando los ojos para recordar y llorar, viajé a la capital.

Allí me aguardaba el Seminario de los Angeles Custodios. Todo se transmutó. A las seis sonó la campana para levantarse. Era otoño. En mi Rauco esa era la hora de las diuquitas madrugadoras. Aquí, de las oraciones y el estudio.

¿Por qué ingresé al Seminario? Siempre me lo he preguntado. Acaso, simplemente, porque de él oí hablar con elogio y nostalgia a mi padre, quien había sido su alumno, o también porque deseaba adquirir una educación profunda, bien que dado mis cortos años, carecía de una noción clara al respecto.

Fecunda y austera fue mi vida en el Seminario de los Angeles Custodios. Tuve excelentes maestros; aprendí latín y me familiaricé con los clásicos y modernos. La filosofía escolástica no tuvo secretos para mí. Debo confesar que conservo poco de su dialéctica, pero los principios no han desaparecido.

Tuve numerosos profesores sobresalientes en las distintas disciplinas y, entre ellos, al sacerdote y poeta Francisco Donoso, quien fue mi profesor de castellano y literatura. Por esos años figuraba entre los poetas de mayor importancia, principalmente después de editar en París, 1927, sus libros "Poemas Interiores", prologado por don Julio Vicuña Cifuentes, y "Al Margen de la Poesía", ensayo sobre las Escuelas de Vanguardia europeas.

Don Francisco Donoso prologó mi primer libro de poemas, "Caminos en Soledad". Y no sólo escribió el prólogo, sino que lo ilustró con xilografías originales, de gran belleza.

Era el año de 1936. Con mis originales fui a charlar con don Samuel A. Lillo, quien habitaba una vieja casona cercana a la Plaza Brasil. Recuerdo que don Samuel, patriarca de tantas lides y Ateneos, me dijo, sentado en su clásico sillón: hablaré con Carlos Nascimento para que edite su libro. Y fue así como nació "Caminos en Soledad" el día 31 de Diciembre de 1936.

Con el primer ejemplar dedicado a mi madre, recientemente viuda, viajé a Constitución. Llevaba también un ejemplar dedicado al poeta de "las tierras pobres", Jorge González Bastías. No le conocía personalmente y alguien me comunicó que el poeta estaba de paso en el balneario y, cual no sería mi sorpresa, al verlo un mediodía deambular por la plaza. Lo reconocí por su mechón entrecano caído sobre la frente.

Tímidamente me acerqué a saludarlo y él, con

patriarcal señorío, recibió mis "Caminos en Soledad". Allí nació una amistad noble y perdurable.

Lo acompañaba un matrimonio, nada menos que el poeta Jerónimo Lagos Lisboa y su esposa doña Caroliná.

Desde ese día mi amistad con Jorge González Bastías fue entrañable. Le visité a menudo en su casona de Infiernillo, junto al Maule, y del eglógico poeta de "Misas de Primavera", "Vera Rústica" y "Del Venero Nativo", recibí lecciones inolvidables. En 1970 la Universidad Católica, sede Talca, publicó mi libro en memoria del hombre y del poeta, titulado "Jorge González Bastías, el poeta de las tierras pobres".

Más tarde nacieron y crecieron las preocupaciones universitarias. Fui alumno de Castellano en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, cuyo director era el Dr. Rodolfo Oroz, y de la Escuela de Derecho de la Universidad Católica.

El joven universitario desapareció al ingresar al periodismo como repórter en "El Diario Ilustrado". ¿Fue ello un derrumbe intelectual o bien una manera limpia de subsistir?

El sueldo era de poca monta, mas yo estaba feliz de pertenecer a esa familia de periodistas que capitaneaban don Luis A. Silva y don Rodrigo Aburto.

Ciertamente que no me fue fácil integrarme plenamente al periodismo. Todo era nuevo para mí. Pero la Escuela me fue favorable y durante

veintisiete años permanecí vivo en sus filas. La vida periodística, desde repórter a redactor literario y Jefe de Crónica, me proporcionó conocimientos y experiencias que me han sido útiles durante toda la vida.

El periodismo es el arte de captar y comunicar la noticia y ello encierra caminos insospechados. Todo, al parecer, está escrito y resuelto y hasta el mínimo párrafo de crónica, puede tener alcances inesperados.

En "El Diario Ilustrado" tuve la oportunidad de conocer a figuras sobresalientes, no sólo del periodismo, sino también de las letras.

Allí están Jenaro Prieto, el inolvidable Jenaro, que más escribía con su pipa que con la pluma. Recuerdo que sus memorables artículos, "Tontilandia", eran linotipados por un linógrafo experto en la grafología de Jenaro Prieto, como había otros que entendían la letra de don Misael Correa Pastene y del inolvidable Manuel Vega, quien con fino estilo comentaba libros y daba ágiles noticias de sus lecturas de autores franceses.

Por allí veo a Luis Fernández Navas, tan español como un torero actuando en el redondel, preocupado de su "Transpunte Indiscreto", que comentaba con rigor la actualidad teatral, o bien a Lautaro García, dueño de un maravilloso "Imaginerio de la Infancia", que venía llegando apresurado del Teatro Municipal para redactar su comentario crítico acerca de la Opera que horas antes había sido puesta en escena.

Había, sin duda, personajes muy pintorescos, entre ellos, el poeta Rafael Fernández Rodríguez, amigo de Chocano, con quien andaba en procura de ubicar entierros en las márgenes del Mapocho. Otro personaje de grata memoria es Fernando Díaz Garcés, agudo, creador de anécdotas y chascarros que todavía hacen reír.

La figura de Coke era clásica en el vetusto Diario Ilustrado. Con sus ojos vivaces, una sonrisa medio picaresca, con cierto aire de burla y gracejo y su infaltable corbata papillón, llegaba apresurado con su caricatura del último momento, de preferencia dedicada a personajes de la política. Recuerdo que don Luis Silva, más de una vez me preguntó impaciente: —Correa, ¿despachó al fotograbado el mono de Coke?

Pasan los días y los años y lo rememoro como un cuento de hadas. Una tarde apareció en mi oficina, un tanto destartada, una niña de melena rubia, con grandes ojos azules, rostro encantador; delgadita como una espiga, quien me dijo que traía un poema de que era autora para que se publicase en el suplemento dominical que dirigía Lautaro García. Recuerdo que así comenzaba:

*“El sol se hirió la cintura  
en una peña del mar,  
inútil lo lava el agua,  
nunca lo podrá sanar”.*

Dialogamos brevemente, recibí el poema y le obsequié un ejemplar de “Caminos en Soledad”. Le pregunté cual era su nombre para estamparlo

en la dedicatoria y ella me dijo llamarse Mónica Silva. Le pedí como una gracia muy especial que, una vez leído el libro, me contara cómo había encontrado los poemas.

A pocos días mis caminos dejaron de ser solitarios porque María Silva Ossa, no Mónica como ficticiamente me había dicho llamarse, me acompaña con su gran amor y ternura. Nacieron ocho hijos y pueblan el árbol familiar trece nietos, más uno que llegará pronto.

Con Maruja iniciamos el camino del amor y procreación de hijos y libros. Apenas nacido Carlos, publicamos un breve libro, "Cuento y Canción", (1941), poesía de Maruja y mía, testimonio fiel del amor conyugal y acción de gracias por el primer hijo que en ambos tiene raíces.

En uno de sus poemas digo a Maruja:

*Se desgajó tu cuerpo  
y te nació una flor,  
(unánimes los ojos  
están mirando a Dios).  
Ha crecido mi nombre  
junto con el amor;  
el hijo sabe el canto  
de mi nocturno don.  
Hay una estrella blanca  
que en su cuna encendió  
el Angel de la Guarda  
con su mano de flor.  
Nunca tierra madre  
tuvo gozo mayor,*

*(salió por los caminos  
a gritarlo mi voz).*

*¡Que lo sepan la nieve  
y los huertos en flor  
al abrirse tu tierra,  
mi vida floreció!*

Fue un mediodía de Abril de 1955. Me encontré con el poeta José Miguel Vicuña y dialogamos acerca de las dificultades que tienen los escritores para editar y vender sus libros. Le propuse que fundáramos un Grupo a fin de aunar esfuerzos para lograr una efectiva promoción de las ediciones de los poetas y buscarles caminos de verdadera difusión.

Aceptada la idea iniciamos contacto con varios poetas y fue así como el Sábado 28 de Abril de 1955, en los comedores del Círculo de Periodistas, Amunátegui 31, se efectuaba la primera reunión. A insinuación de Hernán Cañas se le dio el nombre de Grupo Fuego; el que les habla fue elegido Presidente, José Miguel Vicuña fue designado Vicepresidente y Mila Oyarzún, Secretaria. Además de Correa y Vicuña han desempeñado el cargo de Presidente los poetas Humberto Díaz-Casanueva y Enrique Gómez-Correa.

Desde la fecha de fundación no se ha interrumpido la vida del Grupo Fuego de la Poesía al que pertenecen todos los poetas que admitan el diálogo. Con su sello se han editado más de cincuenta libros de chilenos y extranjeros y una vez al mes se efectúa la sesión-almuerzo, maravillosa reunión

de confraternidad en la cual se celebran los libros publicados. Por otra parte, el Grupo Fuego ha promovido incontables actos destinados a dar a conocer la obra y la vida de los poetas.

Ciertamente, en mi vida, el Grupò Fuego de la Poesía constituye un motivo esencial de ser, una razón que ennoblece la conducta del hombre, un incentivo para servir a los colegas y un medio muy eficaz para demoler murallas de rivalidades y egoísmos.

En Abril de 1973 recibí la noticia de haber obtenido, previo concurso, el nombramiento de Director de la Casa de la Cultura de Ñuñoa, la más antigua del país, y cuyo primer Director fuera el poeta y Premio Nacional de Literatura, Angel Cruchaga Santa María. La antigua casona que sirve de sede a este instituto, ha adquirido una poderosa actividad cultural y artística.

Pero, después de tantas noticias, que acaso les hayan fatigado, vamos a la Poesía, ese ser mágico que nos posee y transforma.

El poeta, auriga del origen, creador que vive su existencia y la comunica. Se acerca a lo increado y, una vez conseguido el milagro ilógico, lo recrea en la palabra, el símbolo, la imagen. Se ha transformado en lúcido argonauta que bebe una Poesía inmutable.

A él no debe interesarle tanto el objeto de su creación, cuanto la belleza que le nace y sustenta. No aciertan quienes piensen que Poesía es sólo palabra, imagen o armonía. Todo ello se destruye

como árbol sin origen. El riesgo de la creación debe ser permanente, onírico.

El poeta, filósofo de la estética, establece lo permanente y universal. El ser, su verdad intrínseca, sus proyecciones en el mundo del hombre. En suma, la pasión irradiante. El poeta, artífice del origen de los seres, crea relaciones íntimas entre lo increado y lo que perece.

Hölderlin afirmó que el hombre habitó poéticamente la tierra y por ello los poetas ostentan mayores derechos de existir en el planeta.

La Poesía no es un adorno, ni una canción bien rimada, ni menos euforia de palabras e imágenes. No es ella un artilugio declamatorio. Será siempre esencial y nos invadirá con seres, imágenes, sutiles armonías.

Es el "vate" que descubre y expresa la vida secreta de las criaturas.

Maritain dijo que "La Poesía tiene su fuente en la vida proconceptual de la inteligencia o razón; pero, cuando estas dos palabras se las relaciona con esa energía espiritual que se llama Poesía, entonces deben ellas entenderse en un sentido harto más profundo y amplio que el usual".

La Poesía verdadera es ilógica, substancial y peregrina. La crea el poeta en su interior y va con ella, mágicamente, por los caminos de un mundo que ama. Existe divorcio entre la palabra y lo que ella esencialmente significa.

El poeta no es un teórico de la belleza. La vive, la padece con sujeción a su condición humana.

De esa existencia espiritual, aunque no totalmente conseguida y vivida, él, inconscientemente, descubre la raíz de la belleza que se entrega a su talento creador y a su palabra.

El conocimiento, el goce estético de los seres y sus complementos, le es indispensable. Al poeta no le es permitido divagar y expresarse sólo en imágenes y símbolos, sin que haya algo esencial en su oración lírica.

La Poesía es luz de la existencia del hombre y ella crea una interrelación con otras artes, tales como la música y la pintura, que la hacen más ostensible.

No existen géneros fundamentales para la Poesía, ya que su esencia es única: todo lo transfigura con supremacía de irrealidad. Ella crea su modo de expresión y se la vive en soledad interior, desnuda de literatura. Para ella no existe el tiempo inventado por el hombre.

El auténtico poeta da testimonio de su vida, de su ser y sus pasiones. Es el hombre limitado que ha obtenido la gracia de ser adivino de la belleza que encierran las cosas, del encuentro maravilloso de la realidad con la irrealidad y deberá liberar su creación de lo que es puramente transitorio y temporal.

Platón escribe en su "Apología": "Conocía desde luego que no es la sabiduría la que guía a los poetas, sino ciertos movimientos de la naturaleza y un entusiasmo semejante al de los profetas y adivinos".

En verdad, la sabiduría como la entienden los hombres, está marginada del poeta y bien puede ocurrir que un campesino o un payador sean más veraces poetas que hombres letrados.

Para mí la Poesía es reflejo de Dios, de su esencia increada y universal. Así, el "vate", canta porque El lo quiere, como crece el trigo y da sus frutos la tierra.

Vengo del campo, con viñedos, manzanares y huertos; vivo las voces ingenuas y puras de los campesinos de mi Raueo natal, que lo cruzan humildes senderos entre hortalizas y jardines. En las noches, altas noches con la luna y la Cruz del Sur, lo besan las estrellas y aroman sus calles y caminos las azucenas del valle. "¡Poesía, mía para siempre!".

Y qué puedo decir de mis libros, criaturas de mi vida interior que reflejan un estado de alma, una etapa, una época. Ellos me acompañan siempre con su pequeña lumbre, con su mensaje. Son testimonios, árboles del huerto y tan distintos. No han recibido premios, salvo uno, y ello me enorgullece, pues siempre he deseado crear una poesía solitaria e ignorada; dar lo mío y servir a los poetas y por ello he comentado sus libros con fervor fraternal y publicado dos antologías de poetas chilenos, la primera en 1944 y la segunda en 1973, más un breve libro de semblanzas, "Quince Poetas de Chile", 1941; con retratos de cada poeta dibujados por Antonio Romera.

Releyendo mi obra me doy cuenta que en ella

predominan tres tendencias fundamentales: el amor a la tierra natal, la íntima vida del espíritu y la expresión del mundo de las cosas. He huído de toda vanagloria literaria, no por virtud, sino por auténtica manera de ser, cantar y existir. "Caminos en Soledad", mi primer libro, prologado por Francisco Donoso, reúne poemas escritos durante mi juventud en el Seminario de Los Angeles Custodios y creo que tiene la gracia ingenua de lo recién nacido. Juana de Ibarbourou, refiriéndose a él, dijo: "Todo el libro hermoso, de verdadero poeta, nacido tal".

Yo amo ese libro por lo que contiene y comunica, por su acento telúrico y pastoril. El título está sintetizado en este poema:

*"Caminos en soledad  
bajo el cielo de mi tierra.  
ni un campesino ha pasado  
silbando por estas sendas.*

*"Caminos en soledad  
tendidos sin saber cómo,  
en tanto silencio triste,  
con tantas nubes de polvo.*

*"Caminos en soledad  
que viajan al horizonte  
tan pausados y tan quietos  
en su atardecer de bronce.*

*"Caminos en soledad,  
pautas del recogimiento;  
sólo perfume de hierbas*

y algunos árboles viejos.

*“Caminos en soledad,  
deshilachando la pena  
de vivir abandonados  
sin viajeros ni carretas.*

*“Caminos en soledad,  
brazos cubiertos de tierra,  
¡es muy triste viajar solo  
sobre el dolor de las sendas!”*

Vino después, 1937, un breve libro: “Roman-  
ces de Agua y de Luz”, prologado por mi amigo el  
poeta argentino Rafael Jijena Sánchez. Eran ro-  
mances sin acento garcía-lorquiano, pero sí con  
encuentro de tierra y luces, especialmente de Cons-  
titución.

A propósito de este libro, Alone comunicó lo  
siguiente: “Carlos René Correa toma lo mejor de  
la tradición y su fantasía moderna no necesita con-  
torsiones; es local y universal; pertenece por la sen-  
sibilidad a su tiempo; pero se diría que no rompe  
ni desdeña nada”.

En 1940 Nacimiento editó, en edición nume-  
rada, “Significación de las Cosas”, que alcanza  
una segunda edición en 1946. Son breves poemas  
en prosa que hablan de mi tierra, de sus seres y  
paisajes.

Las cosas pequeñas, tan franciscanas, me han  
enamorado siempre. De ellas digo: “Tienen una  
filosofía simple y cotidiana. Sin embargo, qué di-  
fícil penetrar su verdad”.

La primera luz de mi juventud está contenida en esas páginas. Todo ya es recuerdo y por ello anoto: "Junto a las tinajas de greda se quedó ovillada la infancia; las tenía lá casona como celosas llaveras de su prestancia rural. El alfarero las conformó ventradas y con un solo ojo para mirar el cielo".

Milton Rossel, de grata memoria, dijo de este libro: "Como los poemas en prosa de Pedro Prado, estos de Correa están impregnados de filosofía esencial".

La Editorial Ercilla publicó en 1941 "Romances de Santiago del Nuevo Extremo", visión del Santiago colonial, tan quieto y claustral. En uno de esos romances me refiero al barrio de la Recoleta y expreso:

*"Cigarrales y naranjos  
a orilla de las callejas  
daban fragancia a los vientos,  
capellanes de la siesta.  
Señora de Monserrat  
en el Cerro Blanco cuenta  
a los indios y españoles,  
que el barrio de Recoleta  
es de Dios por sus conventos,  
del diablo por sus chimberas,"*

En 1942 autoedité "Poesía en la Bruma", que preside una curiosa caricatura de Antonio Romero. Son poemas, la mayoría, ceñidos al tema del

tiempo y el destiempo, de la vida y de la muerte, que hoy los considero extraños para los treinta años que entonces vivía. En uno de los poemas escribo:

*“Me duelen las sienes  
y crece mi garganta,  
el agua no tiene forma,  
la sed ha perecido,  
y alzas luna en el llanto  
que en la muerte se ha dormido”*

El amor entrañable a los lares de mis mayores está expresado en las páginas de “Tierras de Curicó” (1943) donde evoco chamantos, victorias, viñas y Dieciochos.

En la Antología de mi poesía, editada en 1970 con el auspicio del Departamento de Cultura y Publicaciones del Ministerio de Educación, se incluyen varios poemas inéditos con el título “Luz de la Aldea”, y, entre ellos, “Noche”, que evoca una velada invernal. Dice así:

*“Casa vacía de voces,  
regreso a su lámpara  
y cena aromática  
(En un sillón  
mi padre lee a Cervantes)  
Persiste la lluvia sobre el campo,  
¿en qué límite se deshace?  
Mi madre deja una vasija*

*para el agua del cielo.  
De amanecida brama el viento  
con toros mojados  
y arden los braseros en mis ojos”*

Figura allí también un poema que es para mí una síntesis de mi infancia campesina, quieta como un ventanuco frente al horizonte. Se titula “De infancia”:

*“Los ojos del gato  
ardiendo en la noche.  
Era el aguacero  
que me despertaba  
un viejito enteco.  
En los corredores  
dormía mi perro  
y toda la aldea  
lloraba de miedo.  
Los cuatro faroles  
que tenía el pueblo  
estaban de luto  
con sus vidrios negros.  
Yo soñaba entonces  
con mi Silabario,  
tenía a mi perro  
y a mis diez soldados.  
La lección “del Ojo”  
y la de “la Mano”  
deletreaba apenas,  
igual que un milagro.*

*Viejos corredores  
con brujas y gatos;  
maíz amarillo  
y trompos bailando.  
Vestido de infancia  
yo vuelvo a buscarlos;  
musgo de las tejas,  
árboles y pájaros,  
jardiendo en la noche  
los ojos del gato:”*

Mi poesía, cualesquiera sean sus caminos, ya que ella me ha sido siempre indócil, desobediente y como alejada de mi espíritu que la ha creado, ha tenido un acento humano y a la vez espiritual. He huído de la facilidad de una poesía solamente religiosa, ya que ella responde a una sensibilidad más o menos beatífica y no a una conciencia sustentada por la filosofía cristiana y una Teología invulnerable.

Como síntesis de lo antedicho escribí el poema “Comienza la Luz” (1952) y que suelo releer como si fuera un salmo de mi vida.

Así comienza:

*“Alzo mi copa en la tarde interior que me habita.  
Se derraman el agua y el aire  
en los árboles de una infancia lejana.  
Me hospeda una casa  
con perfume de duraznos y nogales  
y hortalizas vivas sobre la mesa.*

*Campana de uvas  
muere en el lagar de la tierra.  
Comienza la luz y penetra la mañana,  
pájaro de alas azules  
que enseña a mi ser un nuevo canto.  
El Amor ha tendido sus trigales  
de mar adolescente;  
navegaré desde mi destierro  
a la lluvia lenta de un agua subterránea,  
avanzaré con el rostro torturado,  
porque mi tiempo es grano de sal  
caído en tu océano”*

En 1957 se editó un libro que poco y mucho tiene que ver con el poeta. Otra vez Rauco me persigue con sus paisajes y costumbres, personajes y pequeñas historias. Nace así “Biografía de una Aldea”, donde hay tumulto de hechos pintorescos, se esbozan figuras de rauquinos que son huasos diablos y pícaros talleres.

No es novela ni cuento, pero sí páginas en las que la aldea narra su vida con cierto chisperío de gracia y nostalgia que ella posee.

En 1950, con sello del Grupo Fuego, apareció “Gris”, poesía muy distinta de lo que en mí era tradicional. Todos sus poemas son el fruto de estados de alma. Ni yo mismo comprendía por qué esos poemas iban naciendo y creciendo como las hierbas, los árboles, y si ustedes quieren, las lagartijas.

Releo en “Gris” un poema que es una afirma-

ción de principios. Se titula "Parábola" y dice:

*"Creo en la soledad,  
en mi rostro colgado como un cuadro  
en medio de la bruma.  
Amo los navíos que huyen  
a la última estancia  
desvanecida en la ventana.  
"Pasó una mujer con nidos de pájaros,  
era agreste su mirada  
y vestía como las abejas.  
La llamé y me respondió: soy.  
Entonces le dí mi anillo  
y nos desposamos,  
porque yo creo en la soledad.  
"Me transita un río interminable,  
azul, armonioso. Voy a su encuentro  
entre laberintos de siglos  
que se borran y regresan  
como agua perdida en la materia".*

Luis Droguett Alfaro, poeta y ensayista, dijo de este libro: "Hablamos de modernidad y clasicismo renovado: "Gris" unifica en técnica impresionista estas constantes en el espíritu del poeta chileno. Impresionismo de forma y de substancia; la poesía de Carlos René Correa elude sistemáticamente toda exhuberancia y crea su pequeño universo en toques difuminados y exactos."

Refiriéndose a uno de mis últimos libros, el crítico literario Hernán del Solar expresaba: "Poeta

cristiano, Dios se haya en lo grande y lo pequeño, y desde todas partes hace oír su voz escondida. Carlos René Correa escucha las palabras secretas y por ésto en cada uno de sus versos, ama todo lo creado, la vida con sus alegrías y dolores, el amor terrenal, los sueños”.

Ciertamente que él exagera la alabanza, pero hay una gran verdad en lo que dice. El ha intuído lo que constituye mi preocupación fundamental en el ejercicio vulnerado y vulnerable de ser poeta.

En 1974 se publicaron mis dos últimos libros: “Camino del Hombre”, sonetos, y “Versos a modo de Coplas”, romances enraizados en paisajes, personas y elementos de mi tierra campesina. Evoco en ellos al viejo cerruco don Juan Valdivia, al herrero don Facundo; canto a la enamorada o bien digo una coplita y evoco caminos, huertos, estereros y árboles.

La presencia de “don-Juan Valdivia”, que de los cerros bajaba con su recua de mulas cargadas de sacos repletos de carbón de espino así es evocada:

*“Don Juan Valdivia detiene  
cuatro mulares cerriles  
y pasa por calle sola  
con su recua y se despide  
Cuece peumos en la boca  
este don Juan sin estirpe,  
curtido de soles viejos,  
cerruco diablo que dice:  
soy capataz en mis cerros.*

*conejo que corre libre,  
dueño de sol y caballos,  
y a nadie temo decirle  
que en botellas de aguardiente  
el viejo Juan les sonríe.  
Cantaba entre murallones  
don Juan Valdivia, que existe,  
soñando con aguardientes  
que su gáznate deslíe.  
El viejo a los cerros iba  
montado en burro apacible  
y entre arrugas de sus manos,  
Juan Valdivia ya no existe.  
Se ha borrado con la noche  
su cuerpo que poncho viste,  
y aparece tan campante,  
Juan Valdivia, sin morirse”.*

No me explico por qué mi poesía carece de forma y unidad temática; pero, acaso, haya en el fondo una vital manera unívoca de ser y de sentir. Y es así que frente a los “Versos a Modo de Coplas”, están los sonetos de “Camino del Hombre”. Ellos no son sonetos clásicos ni cosa que se les parezca. Estados de alma y pensamiento en el diario existir los impregna de mi manera de ver y sentir. En la segunda parte del libro incluyo varios sonetos “a modo de retratos”, en los que evoco a poetas muy queridos y admirados, tales como Pedro Prado, Jorge González Bastías, Francisco Donoso, Jerónimo Lagos Lisboa, Bernardo Cruz, Rosamel del

Valle, la Mistral, Neruda.

Hay siempre algo indeciso y vital que me inspira y soy un vagabundo en medio de la tormenta interior. ¿Por qué escribí estos sonetos? Simplemente para dar testimonio de un estado de alma.

El libro se inicia con un soneto titulado "Ciervo", prólogo de mi existir y mi poesía. Dice:

*"Cornamenta de ciervo malherido,  
un árbol en la luz y soledades;  
bebe triste en la fuente que ha nacido  
en llanura de piel y eternidades.  
Por el mundo transita ya cautivo,  
sin ojo ni palabra en la jornada,  
errabundo del cielo, fugitivo,  
con beso de una savia enamorada.  
Entornada la puerta de la casa,  
descubre que ya el hombre se encamina  
al fuego del amor que todo abrasa.  
Y el ciervo ya vencido me acompaña  
a crinada vertiente que germina  
de la nieve que llora la montaña".*

Ese es, ciertamente, un camino de existir. Pero hay tantos otros, solitarios o felices de luz. ¿Cuál de ellos seguir? La poesía está pronta a señalármelos, pero, de súbito, habito en otro mundo y el canto se me torna extraño, casi inaudible.

La más exacta y valiosa autobiografía de un poeta es su propia creación, porque ella será siempre un espejo establecido en la irrealidad con ele-

mentos nobles de una realidad vivida.

Nada se obtiene con el juego de palabras, bien o mal arquitecturadas. En cambio, si las voces interiores logran establecer su reino en la vida del poeta, todo lo que de él nazca, tendrá aureola de poesía auténtica, lúcida, vigorosa y profunda.

La poesía, a mi juicio, no se adquiere en Talleres Literarios. Ellos son solamente eficaces vehículos para que el poeta, nacido tal, pueda desarrollar a posteriori sus potencias en ciernes. De ahí que por mucho que una persona concorra a dichos talleres, si ella carece de la dramática verdad de ser poeta, no logrará nunca alcanzar la vena del artista creador.

Regreso a mi juventud, ya lejana, para adivinar la verdad esencial de mi poesía, y recuerdo que todo me impresionaba y sentía amor por las criaturas. Los versos incluidos en "El Lector Americano", de don José Abelardo Núñez, y también en el "Silabario Matte", tenían para mí, en esos años de infancia, una fuerza comunicativa muy extraña. Ya joven, en el Seminario de Santiago, además de clásicos y románticos, leía apasionadamente a modernos y contemporáneos.

Con especial emoción recuerdo la revelación que fue para mí "Azul", de Rubén Darío, y otros poemas de ese monumental poeta; asimismo me impresionaron mucho los poemas de Amado Nervo, místico y sensitivo; una antología de poetas uruguayos fue en mis lecturas, de gran trascendencia. En sus páginas conocí, entre otros, a quien

fuera más tarde mi amigo, el poeta Carlos Sabat Ercasty, a Emilio Oribe, Pedro Leandro Ipuche, Juana de Ibarbourou. Con gran afecto recuerdo las Academias Literarias del Seminario, donde el poeta Francisco Donoso despertaba y dirigía nuestras inquietudes líricas.

En la actualidad tengo varios libros inéditos, y, entre ellos, "El Arbol y sus Voces" y "Del Perdido Universo". Quiera Dios que algún día nazcan a la vida exterior.

En mi libro "Poesía", antología de mi verso, escribí:

*"El poeta nace, crea,  
muere en el fuego  
que consume la mesa del hombre,  
siervo en la faena del pan"*

Cómo se ilumina el mundo de mi pequeña poesía esta tarde en que hablo para ustedes. Qué insólito hayan venido a oír a quien jamás se ha olvidado de que canta por la gracia de Dios y ama entrañablemente a su tierra de la infancia.

En estos momentos soy más hermano de los pajaritos de mi tierra, de sus cerros, tras los cuales se ocultaba la "luna de mi tiempo viejo", o bien de los caminos enmarcados de viñedos y huertos, donde había muchas tencas y zorzales, que llevaban en sus vuelos mi poesía, mientras los admiraba y no sabía por qué escribía versos y me emocionaban esas cosas tan pequeñas.

## EN LA SERIE

### ¿QUIEN ES QUIEN EN LAS LETRAS CHILENAS?

La agrupación Amigos del Libro ha publicado los títulos correspondientes a los siguientes autores :

Roque Esteban Scarpa  
Miguel Arteche  
Gabriela Lezaeta  
Manuel Francisco Mesa Seco  
Cecilia Casanova  
Fernando González—Urizár  
Julio Flores  
Antonio Cárdenas Tabies  
Jaime Quezada  
Emma Jauch  
Carlos Ruiz Tagle le  
Alicia Morel  
María Silva Ossa  
Isabel Velasco  
Juan Antonio Massone  
Pepita Turina  
María Urzúa  
Hugo Montes  
Nicolás Mihovilovic  
Ester Matte Alessandri  
Enrique Neiman  
René Vergara  
Hernán Poblete Varas  
Carlos René Correa

**COEDICION  
LIBRERIA ZAMORANO Y CAPERAN**

**Y**

**EDITORIAL DEL PACIFICO, S.A.**

